

duerme; está helando, y la muerte sólo es un sueño con frío!

## X

La toca. Al verla tan yerta, se alza; hacia la luz la atrae, se espanta, vacila... y cae á plomo la niña muerta.

## XI

Del suelo, de angustia llena, la madre á su hija levanta... Y en tanto un dichoso canta: — ¡Esta noche es Noche-Buena!...

## CXV

## LAS BUENAS PECADORAS

Después de días de tormentas llenos te ví en misa rezar con santa calma, y dije para mí: — «Del mal el menos; da el cuerpo al diablo, però á Dios el alma!»

## CXVI

## LA LEY DEL EMBUDO

De su honor en menoscabo, faltó un esposo á su esposa; ella perdonó amorosa, y el público dijo: — ¡Bravo! Faltó la mujer al cabo, harta de tanto desdén, y el falso esposo ¿también perdonó á la esposa? No: el esposo la mató, y el público dijo: — ¡Bien!

## CXVII

## ROGAD Á TIEMPO

Marchando con su madre, Inés resbala, cae al suelo, se hiere, y disputando se hablan así después las dos llorando: — ¡Si no fueras tan mala!... — No soy mala. — ¿Qué hacías al caer?... — ¡Iba rezando!

## CXVIII

## HERO Y LEANDRO

## I

A Hero Leandro adoraba, y, por verla, enamorado el Helesponto cruzaba todas las noches á nado.

## II

Y, según la fama cuenta, Hero una luz encendía que en las noches de tormenta de faro al joven servía.

## III

Una noche á Hero, cansada de mirar hacia Bizancio, rendida, aunque enamorada, la hizo dormirse el cansancio.

## IV

Y esto su amor no mancilla, pues todas, lo mismo que Hero, tienen el cuerpo de arcilla aun teniendo alma de acero.

## V

Y lo más triste es, que apenas la pobre Hero se durmió, cuando un aire desde Atenas la luz, soplando, apagó.

## VI

Viendo él la luz apagada, sintió aquel olvido tanto, que maldiciendo á su amada, abrasó el mar con su llanto.

## VII

Y queriendo, ó sin querer, de pena se dejó ahogar, sin que él pudiese saber si le ahogó el llanto ó la mar.

## VIII

Lo cierto es que al desdichado, al rayo del sol primero, la tormenta le echó, abogado, al pie de la torre de Hero.

## IX

Y cuando muerto le vió, Hero, cual Leandro fiel, se arrojó al agua y murió, como él, por él, y con él.

## X

¡Que ellas, fuertes en amar y flacas en resistir, si duermen para esperar, despiertan para morir!

## CXIX

## GUARDAS INÚTILES

## I

— Ya anoheció: ¿quieres que hablemos, Lola, aquí, á solas los dos?  
— La que es buena, señor, nunca está sola, pues está con su madre ó está con Dios.

## II

— Lola, ¿es verdad que un día os encontraron solos, allí, á los dos?  
— Eso es porque aquel día se quedaron mi madre en casa y en el cielo Dios.

## CXX

## CONTRASTES

## I

¡Mucho le amaste y te amó!  
¿Recuerdas por quién lo digo?  
Era tu amante y mi amigo.  
¡Amaba, sufrió... y murió!  
Cuando su entierro pasó, todos te oyeron gemir.  
Mas yo, Inés, al presentir que lo habías de olvidar, sentí, viéndote llorar, la tentación de reir.

## II

Al año justo ¡oh traición!  
al baile fui de tu boda, y allí, cual la villa toda, ví el gozo en tu corazón.  
¿Y el muerto? ¡En el panteón!  
¡Ay! cuando olvidada de él á otro jurabas ser fiel, yo, al verte reir, gemí, y dos lágrimas vertí amargas como la hiel!

## III

Primero amor: ¡luego olvido!  
Aquí tienes explicado por qué en el baile he llorado y en el entierro he reído.  
¡Siempre este contraste ha sido ley del sentir y el pensar!

¡Por eso no hay que extrañar que, quien lee en lo porvenir, vaya á un entierro á reir y acuda á un baile á llorar.

## CXXI

## EL PÁJARO CIEGO

## I

Porque dicen que un pájaro en cegando canta más y mejor, los ojos le vació, como jugando, Casilda á un ruiseñor.

## II

Y después ¿cantó más y con más fuego el ruiseñor? ¡Ah, sí!  
Se siente más cuando se está más ciego.  
¡Esto lo sé por mí!

## CXXII

## DOS LIBROS DE MEMORIAS

## I

## LO ESCRITO EN EL LIBRO DE ÉL

Así se hace uno querer.  
¡Cuánto gusto á aquella fatua con mis posturas de estatua!  
Miro... y mira... al fin, mujer.  
Escribe para hacer ver que tiene las manos bellas.  
¿Se va? Pues sigo sus huellas, porque prueba su rubor que ya está muerta de amor.  
Esta es como todas ellas.

## II

## LO ESCRITO EN EL LIBRO DE ELLA

Aquel don Juan de parada pone para enternecerme los ojos como quien duerme.  
Cree el muy necio que me agrada.  
¡Qué osadía en la mirada!  
¡Qué modos tan importunos!  
Me voy, me voy; hay algunos que, amantes dignos de algunas, creen que todas somos unas porque ellos todos son unos.

## CXXIII

## EL AMOR Y EL INTERÉS

Sentía envidia y pesar  
una niña que veía  
que su abuela se ponía  
en la garganta un collar.

— «¡Necia! — la abuela exclamó. —  
¿Por qué me envidias así?  
Este collar irá á tí  
después que me muera yo.»

Mas la niña, que aun no vela  
con la ficción la codicia,  
le pregunta sin malicia:  
— «Y ¿morirás pronto, abuela?»

## CXXIV

## LO QUE SE PIENSA AL MORIR

## I

Cree la vulgar opinión  
que el alma de un moribundo  
piensa, más que en este mundo,  
en Dios y en la salvación.  
Oye, Leonor, la canción  
que hirió el pensamiento mío  
al son del eco sombrío  
de mi funeral campana:  
— Cucú, *cantaba la rana,*  
Cucú, *debajo del río.*

## II

Partiste, y del sentimiento  
en cama enfermo caí,  
y cuando á exhalar por tí  
iba ya mi último aliento,  
embargó mi pensamiento,  
en vez de tu amor y el mío,  
este cantar tan vacío  
que oí de niño á mi hermana:  
— Cucú, *cantaba la rana,*  
Cucú, *debajo del río.*

## III

Y como todo el que olvida  
es de salud un dechado,  
después que te hube olvidado  
volví otra vez á la vida.  
Aun vivo muerto, querida,  
pensando con hondo hastío

que tú, en vez del canto mío,  
oirás, al morir, mañana:  
— Cucú, *cantaba la rana,*  
Cucú, *debajo del río.*

## IV

¿A qué tan grande inquietud  
para llenar la memoria  
de tantos sueños de gloria,  
de amor y de juventud,  
si, al llegar al ataúd,  
podrán tu pecho y el mío  
no oír más que el tema frío  
de esta canción de mi hermana:  
— Cucú, *cantaba la rana,*  
Cucú, *debajo del río?*

## CXXV

## LOS PROGRESOS DEL AMOR

## I

Así un esposo le escribió á su esposa:  
— «O vienes, ó me voy. ¡Te amo de modo  
que es imposible que yo viva, hermosa,  
un mes lejos de tí!  
¡Mi amor es tan profundo, tan profundo,  
que te prefiero á todo, á todo, á todo!...» —  
Y ella exclamó: — «No hay nada en este mundo  
que él quiera como á mí!»

## II

Mas pasan unos meses, y la escribe:  
— «¡Qué hermoso debe estar nuestro hijo amado!  
¡Sólo él, él sólo, en mis entrañas vive!  
Piensa en él más que en tí.  
Su cuna se pondrá junto á mi cama.  
No hay cielo para mí más que á su lado.» —  
Y ella prorrumpió: — «¡Es que, el ingrato, ya ama  
al hijo más que á mí!»

## III

Después de algunos años la escribía:  
— «Espérame. Ya sabes lo que quiero:  
mucho orden, mucha paz y economía.  
¿Estás? Yo soy así.  
Cierra el coche; me espanta el reumatismo.  
Avísale que voy al cocinero.»  
Y ella pensó: — «Se quiere ya á sí mismo  
más que al hijo y que á mí!»

## CXXVI

## EL ULTIMO AMOR

## I

Ve un hombre amante á una mujer muy bella;  
mas, por fatal disposición del hado,  
ella es más joven, y él  
calla su amor, porque le apartan de ella  
treinta años, en que el triste ha derramado  
un mar de llanto y hiel.

## II

¿Qué pasa luego? Nada. Que entre tanto  
que ella un amor inmenso, aunque tardío,  
mira en él con piedad,  
por la parte de allá del mar de llanto,  
«¡Adiós — dice él — último sueño mío,  
hasta la eternidad!»...

## CXXVII

## VENUS SACRATÍSIMA

Una estatua de Venus Citerea  
vió un Abad en un huerto abandonado;  
la vistió, y con fervor  
llevándosela al templo de una aldea,  
transformó aquella afrenta del pasado  
en virgen del pudor.

¡Grande impiedad! La Diosa que en Oriente  
se hace adorar porque al desnudo ostenta  
su hermosura carnal,  
cubierta con un velo, en Occidente  
encantando á los fieles, representa  
la belleza moral!

¡Hondos misterios de la fe que ignoro!  
Se deja Venus contemplar sin velo,  
y es ideal lo real.

Mas se cubre después con seda y oro,  
y Venus pasa del Olimpo al Cielo,  
y es lo real ideal.

## CXXVIII

## UNA CITA EN EL CIELO

— «En la noche del día de mi santo  
(á Londres me escribiste)  
mira la estrella que miramos tanto  
la noche en que partiste.»

Pasó la noche de aquel día, y luego  
me escribiste exaltada:

— «Uní en la estrella á tu mirar de fuego  
mi amorosa mirada.»

Mas todo fué ilusión; la noche aquella,  
con harta pena mía,  
no pude ver á nuestra querida estrella...  
porque en Londres llovía.

## CXXIX

## ROSAS Y FRESAS

## I

Porque lleno de amor te mandé un día  
una rosa entre fresas, Juana mía,  
tu boca, con que á todos embelesas,  
besó la rosa sin comer las fresas.

## II

Al mes de tu pasión, una mañana  
te envié otra rosa entre las fresas, Juana;  
mas tu boca, con ansia, y no amorosa,  
comió las fresas sin besar la rosa.

## CXXX

## EL GRAN FESTÍN

## I

De un junco desprendido, á una corriente  
un gusano cayó;  
y una trucha, saltando de repente,  
voraz se lo tragó.

Un martín-pescador cogió á la trucha  
con carnívoro afán;  
y al pájaro después, tras fiera lucha,  
lo apresó un gavilán.

Vengando esta cruel carnicería,  
un diestro cazador  
dió un tiro al gavilán, que se comía  
al martín-pescador.

Pero ¡ay! al cazador desventurado  
que al gavilán hirió,  
por cazar sin licencia, y en vedado,  
un guarda lo mató.

A otros nuevos gusanos dará vida  
del muerto la hediondez,  
para volver, la rueda concluída,  
á empezar otra vez.

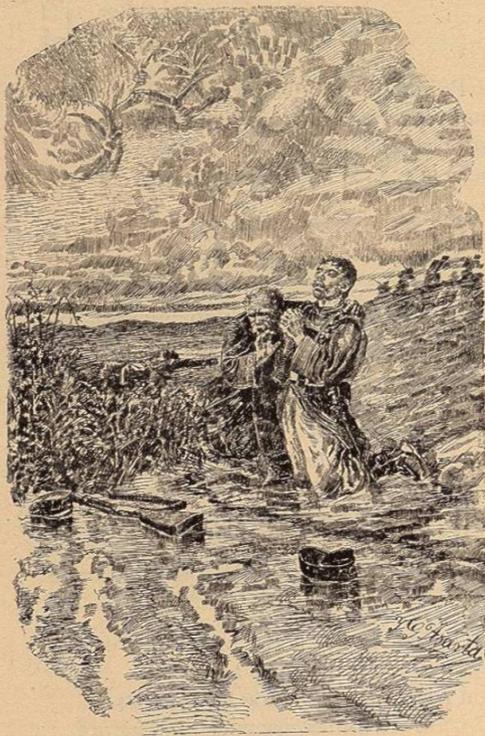
## II

¿Y el amor? ¿Y la dicha? Los nacidos  
¿no han de tener más fin  
que el de ser comedores y comidos  
del universo en el atroz festín?...

## CXXXI

## EL BUEN EJEMPLO

Dejó un proyectil perdido,  
de una batalla al final,  
junto á un asistente herido,  
medio muerto á un general.



Mientras grita maldiciente  
el general: — ¡Voto á bríos! —  
resignado el asistente  
murmuraba: — ¡Creo en Dios! —

Callan, volviendo á entablar

este diálogo al morir:

— ¡Tú, qué haces, Blas? — ¡Yo? rezar.

— ¡Y vos, señor? — ¡Maldecir!

— ¿Quién te enseñó á orar? — Mi madre.

— ¡La mujer toda es piedad!

— ¿Y á vos á jurar? — Mi padre.

— Claro, siendo hombre... — Es verdad.

— Rezad, señor, como yo.

— Eso es tarde para mí.

Yo no creo... porque no.

Tú ¿por qué crees? — Porque sí.

— Ya hay buitres en derredor

que nos quieren devorar.

— Son los ángeles, señor,

que nos vienen á salvar! —

Y ambos decían verdad,

pues á menudo se ve

que halla buitres la impiedad

donde halla ángeles la fe.

— ¡Adiós, señor! — ¿Dónde vas?

— Voy allí... — ¿Dónde es allí?

— A la gloria... — ¿Y dejas, Blas,

á tu general aquí?

No me dejes, mal amigo.

— Pues venga esa mano... — Ten;

y aunque dudé, iré contigo

creyendo en tu Dios también. —

Y así, cuando ya tenían

una misma fe los dos,

abrazados repetían

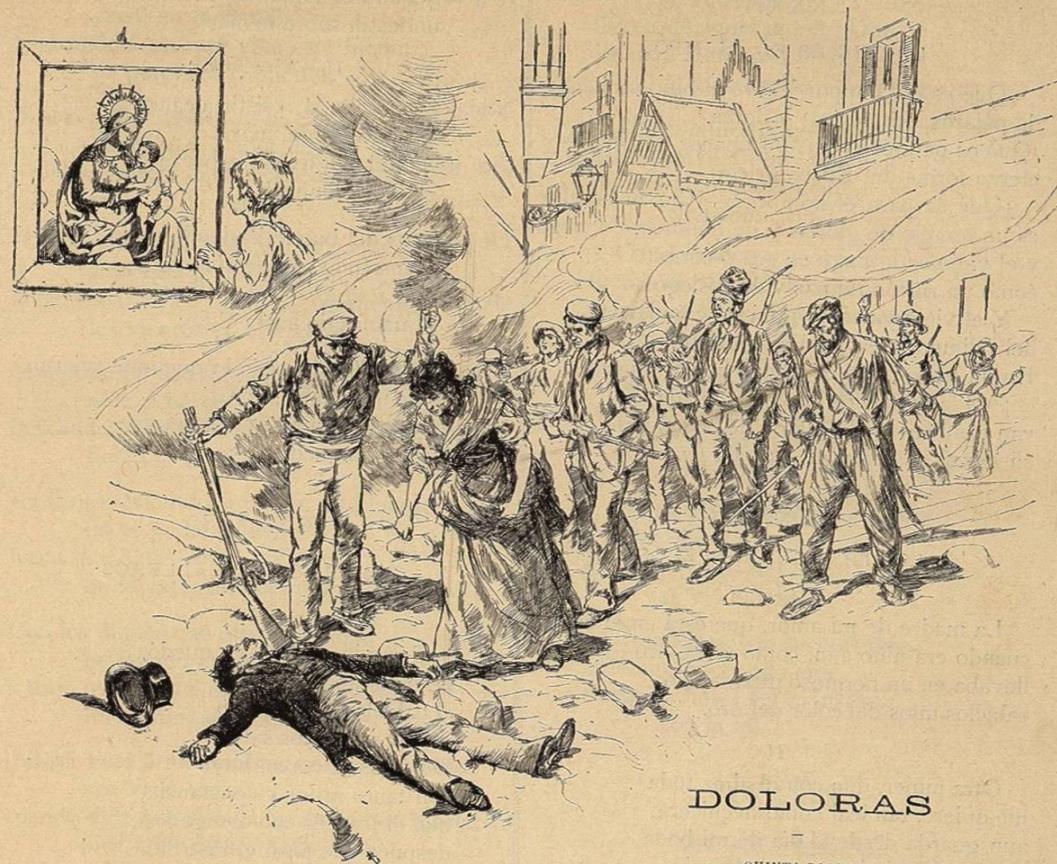
el «¡Creo en Dios!» «¡Creo en Dios!»

Y como era ya un creyente,

pasó, lo que es natural,

que, abrazado á su asistente,

subió al cielo el general.



## DOLORAS

QUINTA PARTE

## CXXXII

## LA LEY DEL HAMBRE

Corre la madre al motín,  
adonde el rencor la llama,  
dejando un niño en la cama  
bello como un serafín.

Niño que al ver junto al lecho  
de una Virgen el retrato,  
que da alegre y sin recato  
á un niño Jesús el pecho,

Con hambriento frenesí  
ansioso á la Virgen toca  
en los pechos y en la boca,  
como diciendo: «¡á mí, á mí!»

Pero, aunque con vivo anhelo  
el niño el pecho pedía,

la Virgen se sonreía  
más impasible que el cielo.

Y mientras la madre hiere  
gritando: «¡muera el tirano!»  
y hambrienta y puñal en mano  
lucha y lucha, y mata y muere,

El niño, exánime y yerto,  
hunde el dedo en el papel,  
gime airado, tira de él,  
rasga el cuadro, y cae muerto.

¡Así, venciendo á los dos  
del hambre la dura ley,  
ella, inicua, mata al Rey,  
y él, impío, rasga á Dios!